



La escapada de Ema

Angélica Dossetti

ZIG-ZAG



La escapada de Ema

Angélica Dossetti

Ilustraciones de Soledad Sebastián



Delfín de Color
I.S.B.N.: 978-956-12-2667-8.
1ª edición: febrero de 2014.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 978-956-12-2668-5.
1ª edición: febrero de 2014.

Gerente editorial: José Manuel Zañartu Bezanilla.

Editora: Alejandra Schmidt Urzúa.

Asistente editorial: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira.

Diseñadora: Mirela Tomčić Petric.

© 2014 por Angélica Dossetti Calderón.
Inscripción N° 238.154. Santiago de Chile.
Derechos reservados para todos los países.
© 2014 de la presente edición por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 56 2 28107400. Fax 56 2 28107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores
General Gana 1486. Santiago de Chile.

A veces me pasan cosas terribles e invento cosas para solucionarlas, pero mis planes casi siempre fallan y termino metida en problemas. Así que mejor escribo lo que me sucede en el diario de vida, para que cuando tenga otra idea pueda revisar si se me ocurrió antes y ahorrarme los castigos.

Emma S.

Lunes 25 de junio

La señorita Verónica, mi profesora jefe, siempre me arruina la vida, como hoy que nos cambiaron de puestos justo cuando me estaba haciendo media amiga de Matilde; y todo porque la profesora de manualidades dice que el curso es muy desordenado y conversador.

–Niños, hagan una fila afuera de la sala con todas sus cosas –dijo con esa voz de contenta que no se le quita con nada, aunque nos estemos portando mal.

Salimos al pasillo, hicimos la famosa fila, ella comenzó a llamar por lista, y ¡horror!, nos dimos cuenta de que estaba distribuyendo los puestos.

—Schulz con Miranda —dijo y me mandó al primer puesto, frente al escritorio del profesor, que es el peor lugar del mundo porque una siempre está vigilada. Y, lo que es peor, con Pepe Miranda, a quien no soporto.

En una oportunidad mamá me dijo que si no estaba conforme con algo que pasara en el colegio, hablara con la señorita Verónica. Así que dejé mis cosas en el escritorio y me dirigí derecho a la causante de mi desgracia, que ya se encontraba escribiendo unos ejercicios de matemática en el pizarrón.

—Señorita, ¿me puedo sentar con Matilde? —le dije con cara de santa.

Guardó el plumón en el bolsillo de su delantal y me miró sonriente:

—No, Ema, tienes que sentarte con José Miranda —apuntó con un dedo hacia el famoso puesto.

–Es que Pepe no es mi amigo...

–Mejor, así tienes la oportunidad de conocerlo –ni siquiera me dejó terminar de hablar y tuve que volver a mi nuevo puesto.

Pensando en que mi día no podía ser más terrible, me había comprado un chocolate en el quiosco para pasar el mal rato; pero no: siempre pueden ocurrir cosas peores.

Mamá me fue a buscar al colegio y me llevó a casa sin escuchar mis protestas por el cambio de puesto. Andaba como en las nubes mientras cantaba una canción.

Papá nos estaba esperando en la entrada de la casa; le abrió a mamá la puerta del auto y la abrazó un largo rato. Después de permanecer unos segundos mirándome con cara de felicidad, entramos al living y me pidieron que me sentara en un sillón. Comencé a preocuparme, porque cuando

me siento allí es para que me den malas noticias o para recibir un regaño.

—Ema —mamá, sentada junto a papá con las manos tomadas, me habló sonriendo—, tenemos una muy buena noticia que darte.

Había empezado a ponerme contenta, imaginando que por fin me habían comprado el súper híper juego electrónico en tercera dimensión que les había estado pidiendo desde hacía mucho tiempo, pero recordé que siempre se niegan a regalármelo, porque dicen que solo lo harán cuando tenga un promedio de notas de 6,5 y dudo mucho que llegue ese día.

Me miraron con esa cara de bobos que acostumbran poner los adultos.

—¡Vas a tener un hermanito! —anunciaron en coro, entre risitas.

Y ahí sí que casi morí. Sentí que la cara me ardía y me dieron unas ganas locas de

La escapada de Ema



salir corriendo, pero no pude porque había quedado paralizada.

—¿Estás contenta? —se le ocurrió preguntar a papá; no respondí, recordando las cosas horribles que me cuentan mis compañeros de sus hermanos—. ¡¿Ema, qué pasa?!—

—Preferiría no tener uno de esos —les dije, esperando convencerlos que lo devolvieran.

A ambos se les borró la sonrisa de la cara. Mamá caminó lentito y se agachó a mi lado.

—Mi amor, ya está dentro de mi guatita, así que ahora tenemos que esperar que crezca y nazca para que te quiera tanto como nosotros te queremos a ti —intentando convencerme.

—¿Me puedo ir a mi dormitorio a hacer las tareas? —mientras movía las piernas que colgaban del borde del sillón. Mamá

·dio un gran suspiro, asintió con la cabeza y se apartó.

Me paré de un salto, corrí por el pasillo, subí la escalera y me encerré en el dormitorio. Fingiendo que hacía tareas, con los cuadernos desparramados sobre el escritorio, aunque en realidad jugaba con las barbies que tenía escondidas bajo la cama, escuché el sonido de un auto que se estacionaba frente a la casa. Asomé la cabeza por la ventana y vi salir a Paula, la hermana menor de mamá, a quien no le gusta que la llame tía.

Salí corriendo de mi dormitorio, pero me detuve en la mitad de la escala.

—¡Isa! —dijo un grito y abrazó a mamá, a la vez que le entregaba un regalo.

—¡Qué zapatitos tan lindos!... Gracias, Paula.

—¿Está contenta Ema con la noticia del nuevo hermanito?

Mamá dio otro suspiro, tomó a Paula por un brazo y la arrastró al living. Continué bajando las escaleras y me oculté detrás de un gomero.

–Parece que no mucho –la voz de mi mamá era de preocupación.

–No te compliques, es la típica reacción de hija única...ya se le va a pasar... la voy a ver.

Regresé a mi dormitorio, caminando de puntillas para no hacer ruido, y me senté ante el escritorio con el cuaderno de Lenguaje abierto.

–Toc, toc –sonaron los golpecitos en la puerta y entró mi tía sin esperar respuesta. Me dio un beso sonoro en la mejilla, mientras tiraba la mochila sobre el piso.

–¿Juguemos a las cartas? –como de costumbre, me engatusaba con el juego del poto sucio, que siempre le gano.

–Bueno –le contesté, sacando la baraja española, que ella comenzó a mezclar.

–Supe que vas a tener un hermanito –me dijo, como sin darle importancia, mientras repartía las cartas, dejándolas en dos montoncitos en la alfombra sobre la que nos habíamos sentado a lo indio.

–Sí.

–¿Estás contenta?

–No.

–¿Por qué no?... Encuentro entretenido ser hermana mayor.

–No me interesa... ¿Sabes, Paula?, no tengo ganas de jugar –me paré y regresé al escritorio.

–¿Tienes tareas? –se ubicó a mi lado y sacó uno de los cuadernos–. ¿Te ayudo?

–Prefiero hacerla sola –le respondí, de mal humor.

Paula me miró pensativa, me dio un beso y salió. Tomé mi diario pensando

Angélica Dossetti

qué inventar para liberarme de tener un hermano o, al menos, lograr que a mí me quieran más que a él.

*Miércoles 27 de junio,
a la hora del almuerzo*

Tuve que traer el diario al colegio porque anoche desperté con los gruñidos del Sansón advirtiéndome que alguien había entrado a mi dormitorio. Si era un ladrón de seguro mi perro, que es grande y bravo, al menos le mordería una pierna para protegerme.

—¡Shiiiiit! —escuché que hacían silenciar a Sansón y abriendo un solo ojo vi que mamá estaba escarbando sigilosamente en el velador. Me dio mucha rabia que se metiera en mis cosas, así que estiré una mano para encender la lámpara de noche.

–¿Qué haces con mi diario? –le pregunté, simulando que recién despertaba.

–¿Cuál diario? –se puso roja.

–El que tienes en la mano.

–¡Uy! Qué tonta soy, pensé que era la libreta de comunicaciones que había olvidado revisar.

–Está en la mochila –haciéndose la súper despistada, regresó el diario a su lugar y fue a revisar mi bolso del colegio.

No es la primera vez que la descubro intentando leer este diario, que ella misma me regaló para mi cumpleaños, diciéndome que en él podría escribir todos mis secretos y nadie lo podría leer porque tenía candado. Pero, cada vez que peleamos o ando con cara rara, ella se empeña en abrirlo.

Tampoco puedo dejar mi diario en la mochila pues mis compañeros son tan

copuchentos que si lo encuentran, de seguro lo leerán para molestarme.

Terminando de comer los asquerosos porotos que sirven en el casino, me vine a la biblioteca a escribir un rato.

En la clase de Educación Física, mientras hacíamos la fila para hacer la posición invertida sobre las colchonetas, se me acercó Matilde.

—¿Por qué andai' enoja'? —me preguntó mientras se recogía su millón de rulitos en un moño.

—Es que voy a tener un hermano —le dije, entre dientes.

Fue lo único que alcanzamos a hablar, porque apareció Pepe Miranda con sus ojos saltones dispuesto a burlarse de mí.

—Jajaja —se rió, como si le hubieran contado un chiste—, te va a tocar compartir el dormitorio... jajaja... y las guaguas son

súper lloronas... jajaja... –Lo miré con rabia, pero no pararía de molestarme ni en esa clase ni en la de Naturaleza.

–¿Por qué no te vas a molestar a otra persona? –Me tenía tan aburrida que le pellizqué el brazo.

–¡Ay! –dijo un gritito mamón al tiempo que se sobaba–. Oye, Ema, igual mal lo del hermano; yo tengo uno de dos años y me molesta todo el día, me saca las cosas. Mira –abrió el libro de estudio–, estas rayas las hizo él... y se come las hojas... mira... –mostrando un cuaderno todo mordisqueado–. Pero lo peor es cuando me piden que lo cuide...

Siguió quejándose y a cada instante yo tenía menos ganas de tener un hermano.

–¡No todos los hermanos son así! –dijo Rubén, que se sienta detrás de nosotros–. Yo tengo una hermana chica que se ríe todo el tiempo y no molesta a nadie...

Angélica Dossetti

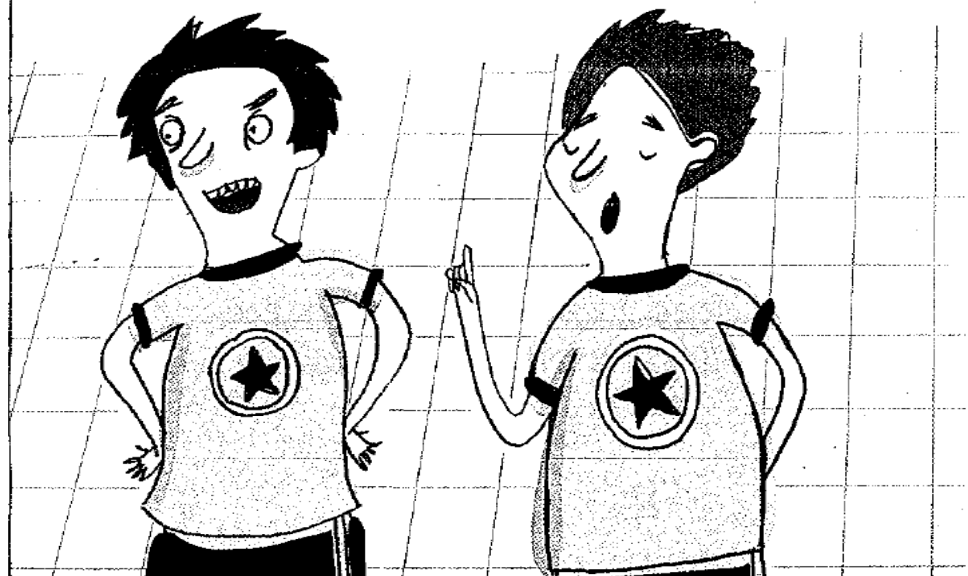
No entiendo por qué mis papás quieren tener otro hijo, si ya me tienen a mí; es como tener dos televisores en el dormitorio. ¿Para qué, si con uno es suficiente?

Pd: sonó el timbre para entrar a clases; después sigo escribiendo.



En la noche

Estoy enfurecida. Cuando faltaba poco para acostarme, hice lo de costumbre: sacar al patio a Sansón para que comiera, bebiera e hiciera sus necesidades, antes de acostarse en mi dormitorio. Como tengo que esperarlo durante un buen rato, me dirigí a la terraza, donde papá estaba tomándose un café en compañía de mamá.



—¿Qué vamos a hacer con el perro? Creo que es peligroso que ande dentro de la casa si hay una guagua. ¿Y si le hace algo?

—No creo que la muerda —respondió mamá, apoyada en la puerta de vidrio que daba acceso al jardín.

—¿No has visto las noticias? Sansón es un perro grande, de mal carácter... me da miedo.

—No exageres, a Ema nunca le ha hecho algo.

—Porque ella lo crió de chiquitito... ¿Has visto cómo se pone con la gente extraña? Siempre los quiere morder... Los niños de las otras parcelas le tienen pánico... No sé... No me da tranquilidad que dé vueltas dentro de la casa habiendo un niño pequeño.

—Jajaja, ¡hombre por Dios! Ese perro no hace nada, es la pura cara de malo, no los

quiere morder, quiere jugar, realmente te están haciendo mal los noticieros. –Mamá lanzó una carcajada mientras se envolvía en su chaquetón.

–No estoy tan seguro. No quiero que circule más dentro de la casa, que se quede afuera... Es un perro y no le va a pasar nada... Y si se pone difícil con la guagua, se puede regalar.

Papá dejó la taza en el platillo, tomó a mamá por un brazo y entraron al living, dejando la puerta de vidrio entreabierta. Me acerqué para seguir escuchando.

–Gordo, exageras –mamá no pudo seguir hablando porque papá la tomó por la cintura y le dio un beso en los labios.

–Estoy pensando en la guagüita...

–Está bien, está bien... ¿Qué piensas hacer con el pobre Sansón? –mamá le hablaba entre arrumacos.

–Le hacemos una casucha y lo dejamos en el patio. –Me recorrió un escalofrío tan grande, que quedé paralizada mientras escuchaba el plan de papá.

–Perfecto... ¿Se lo dices tú a Ema? Porque no quiero ni imaginarme cómo se va a poner si no dejas que duerma con ella.

–Tiene ocho años, es grande, va a entender...

No quise seguir escuchando más, y fui corriendo en busca de mi perro, que andaba husmeando entre los durazneros.

–Ven, Sansón –le dije y se acercó moviéndome la cola–, nadie te va a echar de mi dormitorio. –Abracé su enorme cuerpo negro y él me dio un lengüetazo en la cara.

No sé cómo quieren que me alegre con lo de la guagua, si todavía no nace y ya me está dando puros problemas.

Viernes 29 de junio

Hoy fue el último día de clases antes de salir de vacaciones de invierno. Me encanta este día, porque para despedir el semestre podemos ir al colegio con ropa de calle y no estoy obligada a almorzar en el casino, ya que siempre nos hacen una completada. Lo malo es que también hay reunión de apoderados, con entrega de notas e informes de conducta, lo que me tiene media nerviosa, con una cosquillita en la guata, pues tengo un 3,8 en matemática y tres anotaciones negativas por conversar en clases.

—Ema, ¿te preparo un pancito con queso? —me preguntó Carmen mientras esperábamos en la cocina que empezara *Pobre vida mía*, una teleserie que ve la Carmen y de la que también me hice fanática, porque es demasiado buena. Aparece una

niña huérfana pobre, pobre, aunque súper linda, a quien le ocurren puras desgracias: estuvo ciega porque la mala le echó unas gotas en los ojos, después quedó en silla de ruedas por un accidente; ahora, por suerte, está empezando a caminar con la ayuda del patrón de la casa en donde trabaja como empleada doméstica. El patrón está enamorado de ella, pero no los dejan estar juntos.

—No, gracias, me duele la guata —me senté en una de las sillas con el Sansón a mis pies, muy quietecito, pues ya no se roba las cosas como antes. Una vez escapó como un cohete con un pollo que la Carmen estaba descongelando y no hubo forma de alcanzarlo. Cuando lo encontramos, ya no quedaba nada para cocinar la cazuela y, peor aún, el pobre Sansón estuvo enfermo como una semana.

–¿Estai' enferma? –Carmen se acercó y me puso la mano en la frente.

–A lo mejor los completos me cayeron mal –le dije, justo cuando se me estaban retorciendo las tripas.

–¿Y cuándo te han hecho mal los completos? Shis... si comi' sapo' y culebra' y nunca te pasa na' –terminó de doblar un mantel y lo guardó en un cajón–. Estai' así porque tu mamá tiene reunión de apoderados. –No sé cómo lo hace la Carmen para adivinar qué me pasa–. A ver, ¿cuánto' rojo' teni'?

–Hartos –me apreté la panza con los dos brazos, porque me estaba doliendo más.

–Chuuu... Se va a enojar la señora... –se sentó en la silla a mi lado–. Te van a castigar...

–¡Ya, no digas nada más! Mejor veamos la teleserie.

–Tú no estai' enferma... Tú teni' nervio'
–diagnosticó, como si fuera mi pediatra.

Casi no entendí lo que pasó en el capítulo de hoy; a cada rato se me aparecía la cara furiosa de mamá dándome todo tipo de castigos. Quién sabe qué se le va a ocurrir ahora, pues ya me ha aplicado todos los que existen.

En la noche

Mamá llegó furiosa de la reunión. Como sabía que eso iba a ocurrir, me acosté temprano.

–¡Ema! –escuché el grito que venía desde el primer piso.

Permanecí callada, metí al Sansón en la cama y nos tapamos por completo.

–¡Emaaa! –otro grito, pero ahora acompañado del sonido de sus pasos subiendo la escalera.

La puerta se abrió de golpe y apareció a contraluz la figura de mamá.

—¿Qué significa esto? —era lo más parecido a un ogro que he visto en mi vida. Llevaba el abrigo a medio cerrar, mientras agitaba una hoja de papel con la mano.

—Hola mamá, ¿cómo te fue? —traté de sacar mi voz de niña buena, pero sin resultado.

—¡Mal! Aclárame esto.

—No sé qué es.

—¡Tus notas, Ema, tienes un tres ocho en matemática! ¿Cómo me lo explicas?

—No sé —mala respuesta.

Se enojó más, encendió la luz y se puso a recorrer la pieza como una loca.

—Quedas castigada... Ese perro se va de tu dormitorio... ¿Dónde está Sansón?

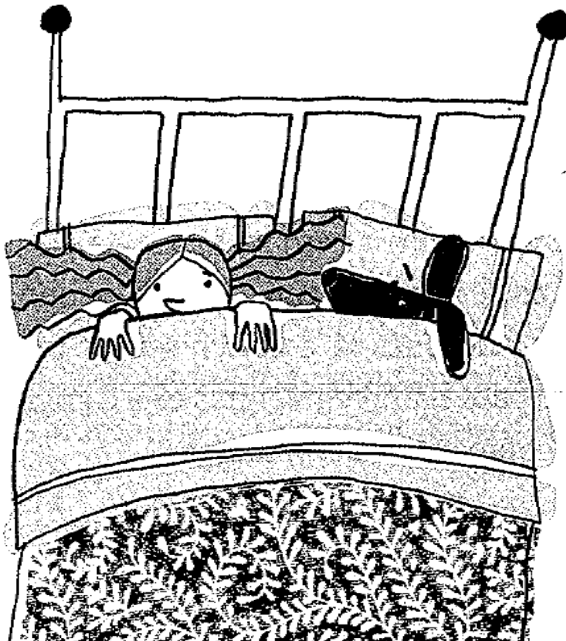
—No sé —otra mala respuesta.

—¿Cómo "no sé"? —creo que vio la cola



de mi perro colgando por el borde de la cama, porque me despertó en un movimiento y permanecimos ambos con caras de susto—. ¡Floja y mentirosa! –agarró a Sansón de su collar y lo arrastró fuera de la casa.

Ahora no puedo dormir porque mi pobre perro está pasando frío y gimiendo bajo mi ventana, desde donde lo miro esperando que se apaguen todas las luces para poder entrarlo.



Sábado 30 de junio.

Primer día de vacaciones.

Hoy llegó a casa Maxi, el hijo de Carmen. Vive con su abuelita en Santiago y durante las vacaciones se viene a Calera de Tango para estar con su mamá. Lo conozco desde siempre y somos súper amigos; me agrada mucho porque es muy divertido y bueno para contar chistes. Maxi es moreno, tiene la cabeza llena de crespitos, los ojos grandes y la boca con forma de corazón. No se parece en nada a mí, que en el colegio me dicen rubia desabrida y me molestan porque se me traslucen las venas y tengo las piernas como dos hilos colgando. Como es un poquito gordo y la Carmen siempre lo pone a dieta, nosotros hemos hecho un pacto: yo escondo comida y después se la doy en secreto para que no pase hambre mientras él, a cambio, es mi compañero de aventuras.

Con Maxi habíamos planeado un montón de cosas para hacer en las vacaciones. Lo primero sería levantar un club al fondo de la parcela con las tablas que sobraron de la construcción de la casa, donde almacenaríamos chocolates, pan con mantequilla, otras comidas ricas y Coca-Cola. Por su parte, traería su súper consola electrónica, porque no me dejan tener esas cosas, y jugaríamos todo el día.

Ahora estoy complicada para explicarle a Maxi que, antes de hacer el club, debo convencer a mamá que me levante el castigo que tiene sufriendo al pobre Sansón.

Anoche estuve un largo rato sentada en el sillón que está al lado de la ventana de mi dormitorio, mirando desde allí los ojitos apenados de mi perro, mientras gemía debido al frío. A cada momento salía al

pasillo para ver si la luz del dormitorio de mis papás se había apagado, pero parece que se duermen súper tarde, pues a la quinta vez todavía se escuchaban voces. Creo que me quedé dormida en el sillón, pero cuando desperté estaba en mi cama y bien tapada.

—Mamá, es injusto que mi perro esté en el patio —le dije, mientras entraba en pijama al dormitorio de mis padres.

—Estás castigada, Ema —mamá se destapó la cabeza y mi papá se sentó en la cama.

—¿Por qué castigas a Sansón por mis notas en matemática si él no va al colegio? —avancé un poquito y me paré con cara de niña buena al lado de la cómoda.

—Cuando tengas de promedio general 6,5 podrá entrar Sansón —dijo mi papá, con su voz ronca.

Me dio mucha rabia porque saben que eso nunca va a suceder y mi perro se tendrá que quedar afuera por el resto de la eternidad.

–¡Odio a la guagua! –grité–. Yo sé que quieres regalar a mi perro porque crees que se la va a comer. ¡La odio! –me puse a llorar.

Papá se levantó, me sentó en un sillón y empezó con el discurso:

–Estás grande, Ema, tienes ocho años, y debes ser responsable de tus errores. No es aceptable que tengas malas notas porque eres una niñita inteligente...

Yo lloraba y lloraba, pero ni caso me hicieron, pues lo único que les interesa es el hermanito nuevo y a mí ya no me quieren. Ahora entiendo cómo se tiene que haber sentido mi muñeca Rosita, que abandoné en un rincón cuando me

Angélica Dossetti

regalaron otra y nunca más volví a jugar con ella... Pobrecita, lo debe haber pasado tan mal como yo.

Como siempre hacen cuando se enojan conmigo, mis papás me mandaron a mi dormitorio para que pensara. Me da rabia, porque esperan que después vuelva con ellos y les pida perdón por odiar a la guagua y haberles gritado. Pero no lo haré, aunque me tengan encerrada todo el día.

En la noche

–¿Por qué no salimo' a jugar un rato?
–Maxi entró en mi dormitorio y se sentó a mi lado en la alfombra, donde me encontraba pensando sin tele ni computador.–
¿No te aburrí' aquí? –miró para todos lados, estirando su boca en forma de corazón.

–Claro que me aburro, pero no puedo salir hasta que me den permiso mis papás.

—¿Estai' castigá'?

—Parece que sí..., me tienen pensando y echaron a Sansón al patio por haberme sacado un 3,8 en matemática. Pero, en realidad, creo que ya no me quieren porque van a tener otra guagua.

—¿Por eso está amarrado?

—¡¿Qué?! —se me abrieron los ojos y de un salto me asomé por la ventana: mi perro ya no me esperaba abajo.

—Vi al Sansón amarrado atrás... le pusieron una casita y los platos de comida al lado.

Casi morí con la noticia, y tendría que hacer algo. Ya se me ocurrió una idea, pero no la pienso escribir, pues es casi seguro que mamá secuestrará este diario para leerlo y arruinará mis planes.

Angélica Dossetti

Domingo 1 de julio, segundo día de vacaciones y primero de fugitiva.

Ayer, cuando ya había oscurecido, mis papás salieron súper contentos a comer con unos amigos, ocasión que aproveché para ir al dormitorio de la Carmen y raptar a Maxi.

–Me voy a escapar –le dije bajito, mientras subíamos las escaleras.

–Tai' loca, Ema, te van a dar otro castigo más –mi amigo quedó petrificado con una pierna levantada y por poco se cae.

–No me pueden castigar si ya no vivo aquí –a veces Maxi es un poco lento para pensar.

–¿Y adónde te vai' a ir? –continuó subiendo la escalera.

–A una parcela que está a la entrada del camino, en donde no vive nadie.

–¿Y cuándo te vai'?

–Ahora.

Entré en mi dormitorio, saqué la mochila del colegio de mi armario y guardé en ella lo más importante: mi muñeca Rosita, porque ahora sé lo que significa que a una la dejen de querer, dos barbies, el oso de peluche que duerme conmigo, la alcancía en donde guardo la plata que me da mi abuela Normi, mi diario y un lápiz.

–¿Y comida? –es lo único en que piensa Maxi.

De la despensa saqué cuatro paquetes de galletas, uno de papas fritas y seis leches individuales.

–¿Quieres ir conmigo y el Sansón? –le pregunté, empezando a arrepentirme de fugarme sola.

Maxi me miró, poco convencido.

–Es que hace mucho frío –se disculpó.

–Eres mal amigo y cobarde, todo te da miedo –le reclamé.

Estuvo pensando un buen rato.

—Bueno, voy contigo.

Por suerte Carmen ya se había dormido y no se dio cuenta cuando Maxi entró en la pieza para sacar su mochila y abrigarse con dos buzos, un gorro de lana que solo le dejaba descubiertos los ojos, tres pares de calcetines, zapatillas y una parka. A petición de mi amigo, guardamos en su bolso un par de linternas que sacamos del velador de papá y otro poco más de comida, porque él siempre tiene hambre.

Estaba muy oscuro y hacía mucho frío cuando salimos por la puerta de la cocina, cada uno con su mochila al hombro, en dirección al fondo de la parcela. El pobre Sansón estaba echadito dentro de la casucha, movió la cola cuando nos vio y de inmediato le sacamos el collar que lo mantenía unido a una cuerda. Muy

contento, comenzó a dar saltitos y ladridos de felicidad.

–Chiss, Sansón, calla –susurré.

Atravesamos la parcela escondiéndonos entre las plantas y salimos por un agujero junto al portón que había hecho Sansón cuando todavía era cachorro.

Partimos caminando en fila por la orilla del camino de ripio, rumbo al cruce donde se ubicaba la parcela desocupada, que no tenía casa pero sí una enorme bodega. La había observado muchas veces y siempre me pareció entretenido poder entrar para descubrir qué guardaban en ella.

–¡Un auto! –dijo Maxi al ver que se aproximaban unas luces.

Apagamos las linternas y nos escondimos detrás de unas zarzamoras; si eran mis papás y nos reconocían, estábamos fritos. Al pasar el peligro, continuamos

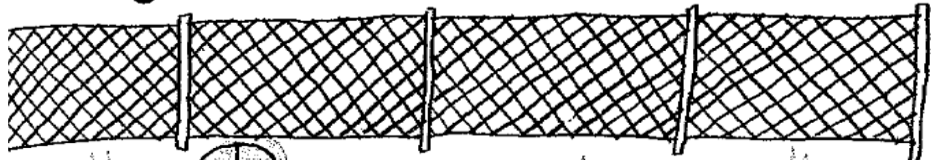
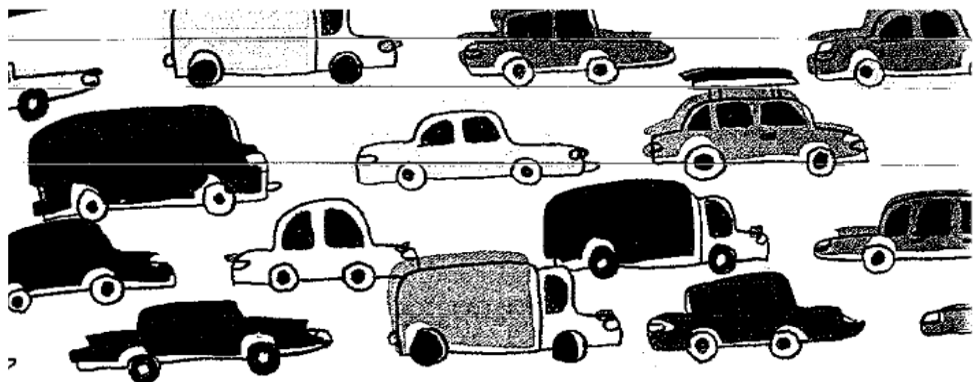
caminando. Estaba segura de que nuestra meta no quedaba muy lejos, pero me sentía agotada, con hambre y frío.

—¿Falta mucho? —el pobre Maxi avanzaba arrastrando los pies.

—No creo.

Calculé que habían transcurrido miles de horas para llegar al cruce con la carretera por la que circulaban vehículos a gran velocidad. Cruzamos el camino ripiado y entramos por un portón que estaba a medio abrir. Yo caminaba delante de Maxi, iluminando el sendero invadido de basura y pasto súper largo. Aunque me hacía la valiente, para que mi amigo no se arrepintiera de acompañarme, estaba muerta de miedo, pensando en que se nos podría aparecer un fantasma.

—¡Allí! —dije y alumbré una puerta enorme, asegurada con un tremendo candado



mediante una cadena que pasaba por unos agujeros en la madera.

—Está cerrado, no podimo' entrar —Maxi, que no daba más de cansancio, se sentó en el suelo.

—¡Párate y ayúdame a encontrar una entrada! —lo tiré por un brazo, obligándolo a ponerse en pie.

Rodeamos la bodega alumbrando hacia el piso con las linternas hasta encontrar unas tablas podridas, que Maxi pudo arrancar con facilidad. Entramos gateando.

Aunque esperaba encontrar algo así como un tesoro olvidado, lo único que había era un tractor oxidado y muchas telas de araña. Mi problema es que les tengo pánico a esos bichos.

En este momento, Maxi está durmiendo en el suelo abrazado al Sansón, mientras yo, sentada al lado de ambos, no puedo cerrar los ojos porque, además de sentir

un poco de frío y escuchar sus ronquidos, debo cuidar que no nos ataquen las arañas.

*Lunes 2 de julio, tercer día de vacaciones
y segundo de fugitiva.*

Desperté con mi cabeza apoyada en la barriga del Sansón, que es súper calentita, mientras la linterna seguía encendida y mi diario estaba tirado junto a mis piernas. Maxi me miraba exigiendo que comiéramos galletas y tomáramos leche.

Sacamos los alimentos de su mochila y, mientras nos disponíamos a comer, escuchamos el sonido de una sirena. Cuando salimos a mirar, escondidos detrás de unas plantas grandes, resultó ser una patrullera de Carabineros.

–Estoy seguro que nos andan buscando –Maxi habló con la boca llena de galletas Tritón.

Sentí un calor en la cara y de inmediato se me quitó el hambre.

–Mejor vámonos de aquí –le dije, al ver que el carro policial se detenía frente al portón y descendían dos policías.

Agarramos las mochilas, amarramos al Sansón con el cinturón de Maxi, y corrimos por detrás de la bodega para que no nos vieran. Separando unos alambres de púas, pudimos salir a la carretera, por la que partimos caminando con la cara bien tapada, Maxi con su gorro y yo con mi bufanda.

–No es una buena idea, no es una buena idea... –mi amigo repetía una y otra vez, como si fuera una canción mientras arrastraba los pies.

–No protestes, mejor piensa adonde vamos, porque no se me ocurre ningún plan.

Aunque ya no se escuchaba la sirena de la patrulla, me daba miedo mirar hacia atrás, pues imaginaba a los policías persiguiéndonos, casi a punto de alcanzarnos.

—¡Tengo hambre! —sonó el alarido de protesta de mi amigo, quien mostraba la cara descompuesta, mientras por una de sus mejillas corría una gota de sudor.

Sin decir más, nos sentamos al lado del camino y Maxi se abalanzó sobre la mochila que contenía la comida.

—¡Diablos! —escuché su grito desesperado. Me miró con furia mientras me mostraba los envases de galletas vacíos—. ¿Qué pasó con la comida? —gruñó, con una expresión de enojo que no le conocía.

Sansón, como si adivinara que era el culpable de las desgracias de mi amigo, movió la cola con trasero y todo, dando gemidos.

–Sansón debe haber tenido hambre y también tiene derecho a comer –lo defendí, mientras acariciaba su enorme cabeza negra.

Tengo que reconocer que, como nunca antes me había fugado de casa, olvidé por completo que mi perro también necesita comer y mientras desayunábamos tuve que darle a Sansón las galletas que habían sobrado.

Maxi se paró de golpe, colgó la mochila de sus hombros y comenzó a caminar con paso acelerado.

–¡No te enojés! –le grité mientras trotaba tras él–. ¿Hacia dónde vamos? –como no me contestó, me comencé a sentir culpable de estar en la calle con mi amigo furioso de hambre.

Creo que demoramos horas en llegar hasta la carretera grande, la que papá toma para ir a Santiago, porque los pies

me latían de dolor dentro de las zapatillas y, pese a que sentía mucho frío en la cara, mi cuerpo transpiraba.

Cruzamos la autopista por un paso sobre nivel, mientras observábamos los autos que corrían a toda velocidad. De pronto, al mirar en dirección a la cordillera nevada, se nos apareció la salvación para las tripas que reclamaban con retorcijones y ruidos raros.

–¡Ese es el mall donde me traen al cine y allí venden comida! –di un grito de alivio.

–¿Cuánta plata tení? –por fin Maxi sacó la voz.

–No sé –le respondí.

Con las pocas fuerzas que nos quedaban, cruzamos corriendo la pasarela y al llegar a los jardines del centro comercial, nos sentamos en el pasto y comencé a contar las monedas que tenía en el bolsillo

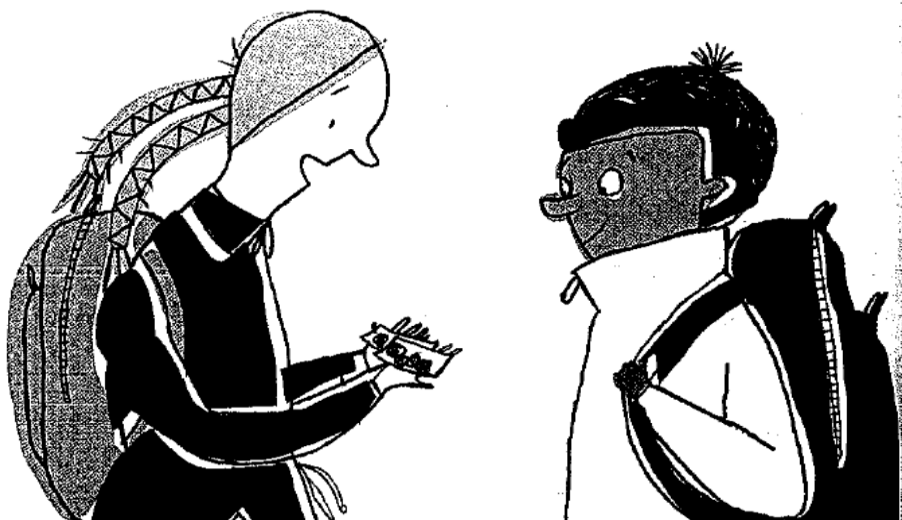
Angélica Dossetti

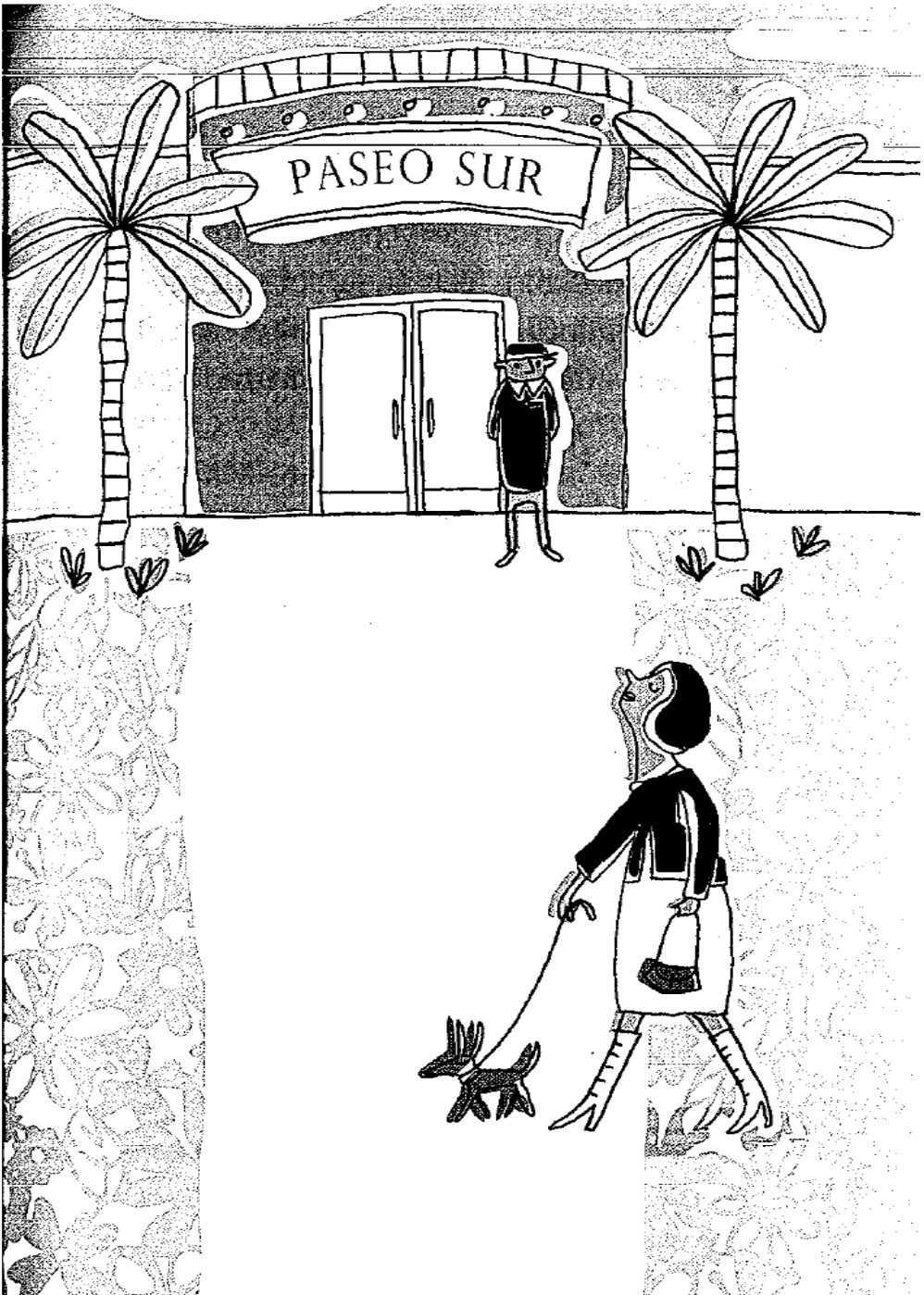
de mi pantalón y en la alcancía que había guardado en mi mochila.

–Dos mil trescientos pesos.

–¡Vamos a comer! –la cara de Maxi se empezó a componer.

Comer no es fácil, por mucha hambre que uno tenga, cuando se está a cargo de un perro con cara de malo. Parado en la entrada se encontraba un guardia gordito y de uniforme parecido al de los policías. Nos





miró con seriedad, mientras simulábamos entrar conversando y haciéndonos los despistados. Sin decir nada, solo arrugó la frente y apuntó con el dedo hacia el cartelito que tenía dibujado un perro cruzado con una raya roja.

—Sansón no puede entrar —Maxi me susurró al oído.

Me da mucha pena darme cuenta de que nadie quiere a mi perro; pobrecito, me quedó mirando con ojitos de “yo no fui” y hasta se acurrucó a mi lado.

—¡Entonces nos quedamos afuera!
—Estaba decidida.

—No seai' tonta, lo dejamos amarrado, comemos y después lo venimos a buscar.

—¿Y si se lo roban? —le dije, mientras nos alejábamos de la puerta.

—¿Quién va querer robarse al Sansón?
Ya po', Ema, tengo hambre.

–No lo quiero dejar solo –insistí, haciéndole cariño a mi perro.

–No sé pa' qué te hice caso, me quiero ir a tu casa, me tinca que mi mamá debe estar súper preocupa' –se volvió a enojar, movió la cabeza de un lado para el otro y comenzó a caminar hacia los estacionamientos.

–¡No me puedes dejar sola! –le grité–. ¡Maxi! –pero siguió caminado.

Agarré el cinturón que me unía a mi perro y corrí para alcanzarlo.

–¡Está bien! –lo detuve por un brazo–. Lo que tú digas, pero no nos dejes solos.

Ser fugitiva no era como en las películas, tenía tanto miedo y hambre que tuve que aceptar lo que Maxi me pedía. Amarramos al perro a un poste de alumbrado y, después de decirle que se portara bien, entramos derecho al patio de comidas.

Parece que era hora de almuerzo, porque todas las mesas estaban ocupadas y frente a cada local había unas filas enormes de personas con caras de hambrientos, como nosotros.

–Bienvenidos al completazo, ¿qué se van a servir? –nos saludó una niña flaquita, con visera en forma de completo.

–Yo quiero un híper completo italiano con papas fritas, empanaditas y una Coca-Cola –a Maxi se le abrieron los ojos mientras se saboreaba.

–Para mí un completo bien completo, con harta mayonesa y dos salchichas, empanaditas, nugguets de pollo, papas fritas y Coca-Cola –me encaramaba sobre el borde del mesón para que la niña me escuchara entre el bullicio-. ¿Maxi, qué quieres de postre? –miré a mi amigo.

–¡Helado! –casi gritando.

–Y dos helados bañados en chocolate.

—¿Agrandan las papas y las...?

—¡Síiii! —contestamos en coro, sin dejar que la niña terminara de hablar para evitar que se arrepintiera.

Tenía tanto hambre que no esperé que me dijera el precio, y casi le tiré los billetes arrugados y las monedas, que rodaron sobre el mesón. La chica nos lanzó una mirada de paciencia y comenzó a contar.

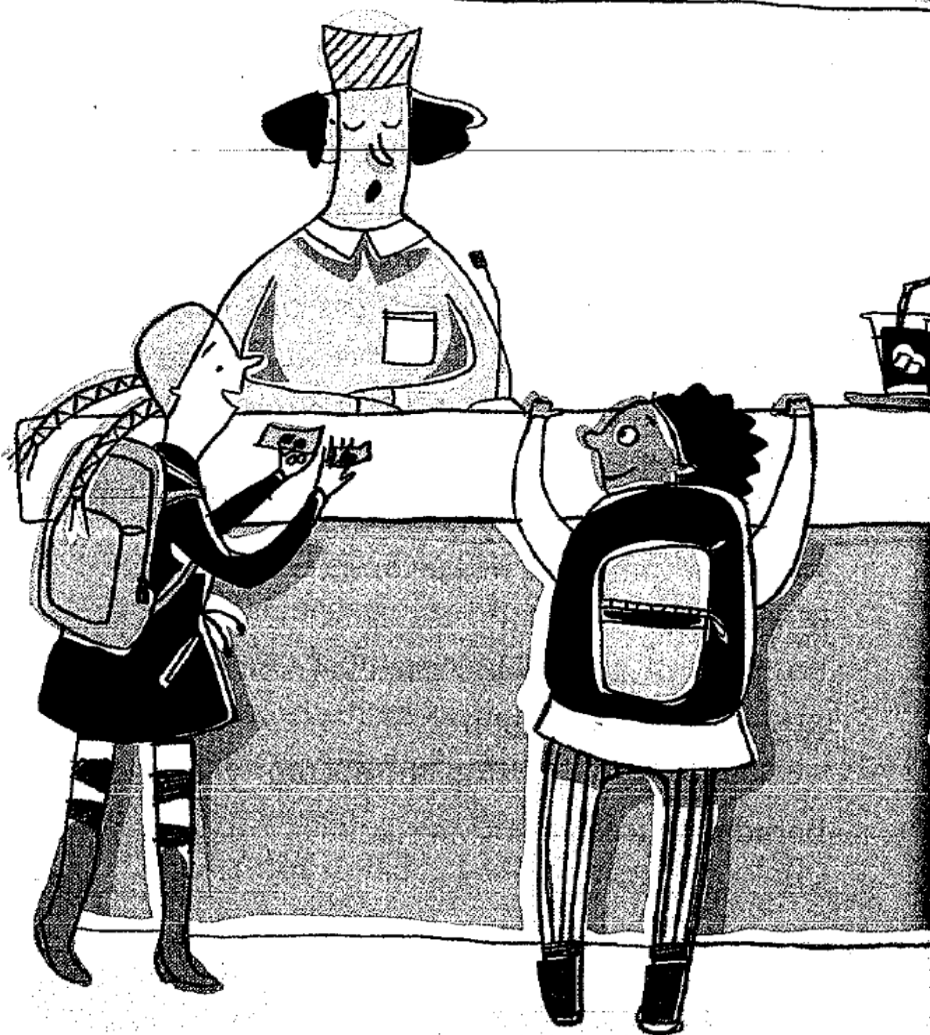
—Son seis mil ochocientos cuarenta pesos. Les falta plata.

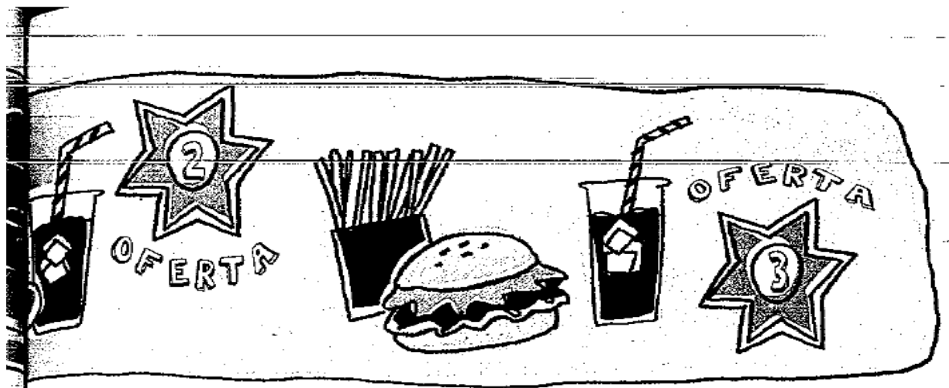
—¿Tení más plata? —Maxi me miró con desesperación.

—No —le respondí, roja de vergüenza—. Señorita, ¿para qué nos alcanza con lo que tenemos?

La chica miró los carteles sobre su cabeza y dio un suspiro.

—Dos papas fritas medianas y dos bebidas chicas.





—Eso, entonces.

Tragamos el poco de comida sentados en una banca junto a una palmera de plástico. Al terminar, nuestras tripas continuaban protestando y, por más que nos hubiéramos tomado las bebidas de un golpe para llenar la guata, seguíamos muertos de hambre. Tampoco ayudaba mucho estar cerca del patio de comida, porque veíamos a las personas pasar con las tremendas bandejas con sándwiches, bebidas y frituras de todo tipo.

—Sigo con hambre —se quejó mi amigo.

—Yo también —le contesté mientras observaba a unos niños como de nuestra edad que pasaban dejando unas estampitas sobre las mesas. Después volvían con cara de pena y la gente les daba plata—. Tengo una idea —dije—: dejemos estampitas en las mesas para que nos den plata y podamos comprar lo que queríamos.

–Sí, re güena tu idea... ¿y de dónde sacamos las estampitas? –Maxi me dio una mirada burlona.

–Las compramos.

–Yaaa... ¿y con qué plata?

¿Por qué todas las ideas que se me ocurren tienen algún problema? Creo que era el hambre lo que no me dejaba pensar. Lo único que se me venía a la cabeza era cuando mamá me dejaba en casa de mi abuela Normi y ella se dedicaba a darme comida desde que llegaba hasta que me iba, pues siempre ha dicho que estoy desnutrida. Mientras estaba en lo mejor, lamentándome de mi desgracia, vi á otra niñita con un ramo de flores que las repartía en las mesas.

–¡Flores!, tenemos que dejar flores
–riéndome por la genial idea.

–¿Y de donde las sacamos? –Maxi ya no confiaba en mis ocurrencias.

–Tengo una súper idea –lo tomé de una mano para obligarlo a levantarse.

–Ema, tus ideas me dan miedo –protestó.

Salimos disparados del edificio, desatamos a Sansón y nos dirigimos hacia los jardines traseros del mall. Cuando comprobamos que no andaba ningún guardia en las cercanías, comenzamos a cortar florcitas rosadas. Es verdad que dejamos pelada esa parte del jardín y, aunque no me gusta matar plantas porque me imagino que les duele, no teníamos otra alternativa, porque no se puede ser fugitiva con hambre. Es muy terrible.

Volvimos a amarrar a Sansón al mismo poste, aunque manifestó su desacuerdo con aullidos y ladridos de pena. Ingresamos al mall con las flores escondidas dentro de mi mochila y nos dirigimos al patio de comida. Parece que no les caímos

bien a los guardias, porque dos de ellos nos miraron con enojo y comenzaron a seguirnos hasta las escaleras mecánicas, produciéndome temor que nos tomaran detenidos y llamaran a nuestros padres. Por suerte, a uno de ellos le comenzó a sonar una radio que tenía colgada del cinturón y partieron corriendo hacia otro lugar.

Maxi es un poco vergonzoso y permaneció medio escondido detrás de un pilar con el ramito de flores en una mano, sin animarse a recorrer las mesas.

—¡Ya po', Maxi, camina!

—No quiero —estiró la boca.

—¿Tienes hambre?

—Sí po'.

—Vamos, entonces —Mi amigo comenzó a arrastrar los pies de mala gana.

Parece que eso de "ganarse la vida", como dice mi papá, tampoco es muy



fácil, y siempre aparecen montones de problemas, porque sucede que no cualquiera puede entrar al patio de comidas y ponerse a dejar estampitas o flores para que le den plata.

Acabábamos de terminar de dar la primera vuelta por los lugares donde comían las personas. Para producirles lástima, me había desarmado las trenzas y revuelto



el pelo y, para que vieran que estaba de verdad necesitada, había refregado las manos dentro de uno de los maceteros con plantas de plástico y tierra de verdad, para ensuciarme la cara y ropa. No me hicieron ni caso, como si fuera transparente, así que decidí que tenía que mejorar el plan. Para hacer intentos de llorar, me puse a pensar en que era la protagonista de la teleserie

que vemos con la Carmen. Pero nada, así que me acordé del famoso hermanito, de Sansón amarrado en el patio y en que mis papás ya no me querían. Entonces sí que me dio pena y las lágrimas comenzaron a salir disparadas.

—¿Qué le pasa, m'hijita?—me habló una señora gordita y llena de paquetes, sentada ante una tremenda bandeja con un pollo asado.

—Nada, no me pasa nada—le respondí, mientras me limpiaba los mocos con los puños de la parka.

—¿Tiene hambre, mi tesoro?—puso cara de osito de peluche.

—Un poquito—seguía llorando hasta con hipo.

—Tome, cómprese una cosita—me pasó un billete de mil pesos que sacó de la cartera que tenía bien afirmada sobre la falda.

Y ahí comenzó la desgracia. Un niño, al que le iba muy bien recogiendo monedas, me miró desde cinco mesas más allá, haciéndome una mueca desafiante. Pero no lo tomé en cuenta y me dirigí hacia una pareja de pololos, tomé aire y, justo cuando estaba dejando la florcita sobre la mesa, sentí que me tomaban por un brazo y me tiraban hacia atrás. De la nada me vi rodeada por tres niños y una niña un poco más grandes que nosotros, que vestían polerones enormes con capuchas, jeans a medio trasero y zapatillas fosforescentes desabrochadas, los que me llevaron a la rastra hasta el pasillo de los baños. Allí también estaba Maxi con cara de pánico, sentado en un banco, mientras lo vigilaban otros dos niños.

—¿Quién soy yo'?! —uno de ellos me obligó a sentarme al lado de mi amigo, mientras me preguntaba furioso—: ¡No vaí'a decir na'! —no le contesté, con miedo

porque parecía que tenía ganas de pegarme y yo no soy muy buena para defenderme.

—¡Ya po', no la molestí'ma'! —se atrevió Maxi, mientras lo sujetaban los dos chiquillos mugrientos.

—¡Soy chorito vo', cabro x@&%#! —el niño que me torturaba le lanzó otro montón de garabatos a mi amigo, los que no puedo escribir porque no me dejan decir de esas cosas.

—¡No pueden na' venir aquí a trabajar, cabros x@&%#! —continuó el que me atormentaba, todo acompañado de más garabatos. Parecía que ese niño no sabía otras palabras. Me apartó con un empujón que por poco me hace azotar la cabeza contra la muralla.

—No estamos trabajando, solamente damos flores —se me ocurrió decir, con un hilo de voz.

—¡La misma x@&%#x! —se volvió a enojar—. ¡Toda esta x@&%#x es de nosotros!

Hizo una seña con la cabeza y la niña se me acercó, y mientras dos de los chicos me afirmaban por los brazos, me metió las manos en los bolsillos y sacó el billete de mil pesos, que mostró a sus compañeros con cara triunfal.

—¡Me están robando! —grité.

Pésima idea, porque nadie hizo caso: no apareció ningún guardia y la gente que pasaba hacia el baño parecía no vernos. Para peor, la niña me tironeó el pelo al tiempo que me daba una cachetada para que me callara.

—¡No la molestí' ma'! —Maxi intentó liberarse de sus captores para defenderme, pero la sacó peor, porque le dieron una patada en las canillas que lo dejó llorando.

—¡Y se van de aquí antes de que me den ganas de sacarles la x@&%#x! —dijo el jefe y en ese instante nos soltaron.

Maxi corrió como nunca tras de mí, que soy súper buena en atletismo, sin que se notara que estaba gordito. Nos abrimos paso entre la gente que vitrineaba en los pasillos, bajamos las escaleras a toda velocidad y, casi a punto de llegar a las puertas de salida, choqué con una señora que tomaba un helado. La pobre mujer cayó al suelo y las bolsas que le colgaban de sus brazos terminaron desparramadas por todos lados, mientras el helado le chorreó la chaqueta.

—¡Chiquilla tonta! —gritó la señora, intentando ponerse en pie.

De la nada aparecieron los mismos guardias odiosos. Uno de ellos nos apresó a cada uno por un brazo, en tanto el otro trataba de parar a la señora y de recuperar sus bolsas.



—¿Y ahora quién me paga mi chaqueta Zara?! —reclamaba la mujer, con cara de tragedia.

Le pedí mil perdones por el accidente, pero le dio lo mismo y continuó reclamando.

—¡Esto es lo que pasa por dejar entrar niños solos al mall! ¡¿Dónde están sus padres para que respondan por la chaqueta?!

Como seguía tan enojada, imaginé que la chaqueta se la había prestado una tal Sara y se la tenía que devolver en buen estado.

En ese momento, a uno de los guardias se le ocurrió la misma pregunta.

—¿Dónde están tus padres?

—Comprando —respondió Maxi con cara de inocente.

—¿Dónde? —creo que el guardia no le creyó.

—Por allá —contesté apurada, apuntando con un dedo hacia una tienda de electrodomésticos.

Fue una impresión terrible. En ese momento vi en la pantalla de uno de los tantos televisores al otro lado de la vidriera que mamá lloraba como trastornada, mientras sostenía en su mano una foto en la que aparecíamos Maxi y yo. En la parte baja de la imagen se mostraba una franja roja con la leyenda: *Dos niños de ocho años se encuentran desaparecidos. Si los ve llame al 133.* Le di un codazo a mi amigo, haciéndole gestos con la cabeza para que mirara las imágenes. Cuando las vio, se puso rojo.

—Seseseñor, sisi nononos dedeja, lololos vavamos a bubuscar —Maxi tartamudeaba de susto.

—Nada de eso, ustedes vienen conmigo.

Uno de los guardias se quedó ayudando a la señora, mientras el gordito nos agarró de los brazos y nos condujo hasta las oficinas de la administración, ubicadas al fondo del primer piso. Me daba vergüenza caminar por los pasillos mientras todos nos miraban, quizás imaginando que éramos ladrones recién capturados.

—Señorita Yeli, encontramos a estos chiquillos armando escándalo en el sector uno —dijo nuestro captor después de abrir la puerta de una oficina donde se encontraba una mujer con cara de buena gente, tecleando ante un computador.

—¿Qué hicieron? —ella dio un suspiro y se echó hacia tras en la silla, mientras nos miraba fijamente.

—Andaban corriendo como locos y chocaron con una señora.

En tanto el guardia daba cuenta de nuestras travesuras, nosotros permanecíamos muy avergonzados delante del escritorio.

—¿Los papás de estos niños?

—Ellos dicen que están comprando, pero yo los vi entrar solos —contestó el hombre, mientras comenzaba a chicharrear su radio—. Perdón, señorita, me tengo que ir, aquí se los dejo.

Maxi y yo nos miramos. Mi amigo se pasó uno de sus dedos por la boca en señal de no hablar.

—¿Y ahora, qué hago con ustedes? —la mujer se paró de la silla y se acercó. Veamos si es verdad lo que dicen, ¿cómo se llaman sus papás? —Permanecemos mudos—. ¿Ustedes no saben hablar? —Continuamos callados, como congelados—. ¿Por qué siempre me tocan estas cosas a mí? —se

lamentó, mientras miraba hacia el cielo—. ¿Así que no quieren decir nada? Perfecto —se dio la vuelta y se dirigió hacia un aparato con micrófono.

Aprovechando que no nos miraba, le di un codazo a Maxi, indicándole con un movimiento de cabeza la salida y, mientras la mujer hablaba por los altoparlantes, caminamos en puntillas los pocos pasos que nos separaban de la puerta y salimos corriendo por el pasillo, sin mirar atrás, preocupados de esquivar a las personas. Corrimos hasta entrar a un supermercado, para después salir por una de las puertas laterales que comunicaba con los jardines y estacionamientos.

Maxi es gordito, pero bien ágil, así que me tomó por una mano y me escondió detrás de un auto. Luego se dirigió hasta donde habíamos dejado a Sansón, lo desató y regreso con él.

–Tenemos que irnos de aquí –me dijo con la respiración entrecortada, mientras permanecíamos sentados en el suelo tratando de descansar un poco.

–¿Y adónde? –me empezaron a rodar unas lágrimas, ya arrepentida de la fuga.

–Vámonos pa' tu casa –me miró serio–, ¡y no llori': a ti se te ocurrió la idea!

–Es que me dio pena ver a mamá en la tele –me sequé las lágrimas.

–Por lo mismo... ya po', vamonos pa' tu casa –insistió.

–Es que no podemos, ¿te imaginas?, ahora sí que me van a castigar, y a ti también. Y capaz que hasta regalen a mi Sansón.

–Pero, Ema, tengo hambre, echo de menos a mi mamá, ya no te quiero na' acompañar.

–Por favor, por favor, por favor –le supliqué.

Maxi me miró, poco convencido.

—¿Cómo hací' pa' convencerme de las cosas que no quiero hacer? —movió la cabeza de lado a lado—. Yo no te quería acompañar.

Se oscureció de pronto, una gota de agua cayó sobre mi cabeza, luego otra y de la nada comenzó a llover con mucho viento. Nosotros permanecíamos en el estacionamiento, mojados, sin poder entrar al mall, ya que de seguro los guardias seguían buscándonos.

—¡Esta es la peor idea de to'as las que hay tenío', Ema. Mira: ahora está lloviendo —me reclamó mi amigo poniéndose de pie—. ¿No podía' hacer otra cosa pa' que entrara el Sansón a la casa sin pasarlo tan mal? —comenzó a caminar enfurecido, como si no le importara dejarnos escondidos detrás del auto.

—¡¿Adónde vas?! —le grité, mientras intentaba alcanzarlo tironeando a mi

perro, que quería ir hacia otro lado. Pero tenía tanto frío que me costaba mover las piernas.

Casi de noche

Las desgracias continuaron. Después de atravesar los jardines y estacionamientos del centro comercial, salimos a una calle de enormes árboles y una línea de tren a un costado.

—¡Vamos a la estación! —Maxi corría, porque llovía muy fuerte.

Cruzamos la calle y un poco más adelante entramos a algo parecido a las estaciones del Metro, pero ésta era de trenes. Aunque tenía techo y unos pocos asientos, el frío y el viento entraban en ella, debido a que por donde pasaban los rieles se hallaba a la intemperie. Nos sentamos en uno de los bancos desocupados, en medio



de gente tan empapada como nosotros. Por suerte a nadie le importó que Sansón estuviera allí, pues era uno más de los tantos perros flacuchos con cara de hambre que deambulaban entre las personas.

—Quiero volver a mi casa antes de que se enojen más conmigo. ¿Te imaginai' cómo estarán mi agüelita y mi mamá? Seguramente deben pensar que me secuestraron.

—Maxi tenía cara de pena.

—¿Sabes cómo llegar a la casa de tu abuelita? —No quería seguir en la calle, ni ser una fugitiva. Tenía mucha hambre y tiritaba de frío.



–Es que ni siquiera sé dónde estamos
–respondió mi amigo.

–Aquí dice *Estación Nos* –leí el cartelito
en el andén frente a nosotros.

–Pero no sé dónde queda esto.

Yo creí que escapar con Maxi era una buena idea, porque a él lo dejan salir a la calle y hasta se va solo al colegio, pero me equivoqué ya que, al igual que yo, no sabe cómo llegar a su casa.

–¿A ti no te dan ganas de irte pa' tu casa?
Estaría' calentita, comiendo cositas ricas.

Mi amigo no puede dejar de pensar en comidas.

–A mí ya no me quieren ahora que voy a tener un hermano. Se olvidaron de mí y solo piensan en la guagua –me puse a llorar, con la tristeza de saber que a una la han dejado de querer.

–Estai' hablando pura' tontera', Ema.
¿Por qué creí que ya no te quieren?

–Me dejaron pensando en mi dormitorio y...

–Porque tení' promedio rojo en matemática, tú misma me contaste –me interrumpió–. ¿Acaso es tan terrible tener que pensar? A mí me hubieran quitado el Wii, y eso sí que es malo.

–Mandaron a Sansón al patio y él no tiene culpa de nada –me defendí.

–No le iba a pasar nada, porque tenía casita y comida. Ahora el pobre está todo mojado y muerto de hambre.

Me carga que Maxi tenga razón.

–A lo mejor es verdad, pero ya no podemos volver aunque quiera –dije, decidida a aguantar lo que fuera.

–¿Qué hacemos, entonces?

Se me estaba ocurriendo tomar el tren, llegar a Santiago y llamar a la Normi para que nos rescatara y nos diera harta comida, como a ella le gusta. También ella podía llamar

a mamá y convencerla de que me aceptara en casa sin que me castigaran, y si no, los tres nos podíamos quedar a vivir con mi abuela, que de seguro estaría feliz y no me castigaría nunca más. Pero todas mis ideas tienen algún problema: no sé cómo llegar a la casa de la Normi y tampoco me sé su teléfono. Todo esto es culpa de papá, porque si me hubiera comprado el iPhone que le pedí, tendría grabados todos los números; pero ni siquiera me quiso comprar un celular, pues dice que me lo pasaría jugando y me iría peor en el colegio. Además, opina que soy muy chica y no lo necesito.

No pude seguir pensando en qué hacer porque entró en la estación una perrita esquelética con cinco perros a la siga. Inmediatamente Sansón paró las orejas y comenzó a tirar del cinturón que le servía de collar y que Maxi afirmaba con todas sus fuerzas. Por fin logró soltarse y

partió soplado hacia el grupo de perros, mientras mi amigo caía de guata al suelo. Al perro más grande, de color amarillo y cola bien parada, no le gustó la presencia de Sansón y lo amenazó con un gruñido, mostrándole sus dientes enormes. Como mi perro es tan despistado ni caso le hizo y quedó la escoba. Se armó la tremenda pelea; unos perros chicos chillaban, otros ladraban, la perrita partió disparada arrancando fuera de la estación y mi Sansón se agarró a mordiscos con el amarillo, que lo revolcó en el piso mientras le mordía el cuello, tratando de matarlo. Entretanto yo gritaba y gritaba:

—¡Sansón, Sansón! ¡Están matando a mi perro!

Intenté separarlos, pero un señor me agarró por un brazo para que me apartara, mientras un guardia, que había llegado con un palo, le pegó al perro malo hasta



que soltó a Sansón y salió arrancando. Allí quedó mi pobre perro, tirado en el suelo y todo ensangrentado. Me solté de la mano del hombre y corrí a arrodillarme junto a él, que parecía estar a punto de morir, sin poder dejar de llorar.

La gente nos miraba a la distancia y, pese a que mi perro ni se movía, a nadie parecía importarle. Maxi y yo no sabíamos qué hacer para detener la sangre que salía a chorros del cuello de Sansón.

—¡Tu polerón, Ema! —mi compañero de fuga tenía las manos ensangrentadas.

Sin pensar, obedecí. Con toda la rapidez que pude me deshice de la mochila y me quité parte de la ropa, quedando en camiseta. Pusimos la parka debajo de la cabeza de mi perro y con el polerón envolvimos su cuello, pero la sangre no dejaba de salir y yo no podía parar de llorar.

-Se va a morir... sniff... se va a morir
-repetía desesperada.

Empecé a sentir que yo era la culpable de todo lo que nos estaba pasando, de tener hambre, de vagar por las calles sin saber siquiera dónde estábamos, de mamá llorando en la tele, de mi pobre perro a punto de morir.

-¡Una ambulancia! -grité, al notar que a Sansón le costaba respirar.

-No seai' tonta, Ema, las ambulancias son pa' las personas.

Levanté la cabeza al ver unos zapatos negros brillantes que aparecieron a nuestro lado.

-¿Qué pasó aquí? -preguntó uno de los carabineros.

-Le pegaron a mi perro -respondí chillando-. Necesito una ambulancia.

En ese momento, uno de los carabineros nos miró con detención.

–Parece que son los niños perdidos, mi sargento.

–Cabo, comuníquese con la central –ordenó el que parecía ser el jefe. Se agachó para mirarnos mejor.

Las personas en la estación, al escuchar lo que hablaban los carabineros, se interesaron por nosotros y de la nada estábamos rodeados de curiosos.

–Pobrecitos, son los niños que aparecieron en las noticias de la tele –dijo una señora con cara de pena, mientras unos cuantos nos grababan con sus celulares.

–¡Buenas tardes! Aquí el cabo García, hemos encontrado a los niños perdidos –se escuchó la voz del carabinero que hablaba por su radio.

Me parecía estar en una película. La lluvia no dejaba de caer, estaba casi oscuro, Maxi y yo arrodillados intentando salvar a Sansón, los policías a nuestro lado, un montón de

copuchentos rodeándonos y girando las luces rojas del techo de la patrulla.

–Entendido, los llevamos a la comisaría –el cabo continuaba hablando por radio.

El sargento nos tomó a cada uno por un brazo, obligándonos a ponernos de pie.

–Ahora vamos a la comisaría, están llamando a sus papás para que los vayan a buscar –dijo el jefe, sin importarle que Sansón quedara moribundo en el piso. Como a la mayoría de los adultos, no le interesaba lo que le pasara a los animales.

–¡No nos vamos sin mi perro! –le grité, intentando liberarme de su mano, pero sin éxito.

–Ya veremos qué hacer con el perro –el hombre me tomó con más fuerza.

–¡No me voy sin mi perro! –volví a gritar lo más fuerte que pude, mientras me retorecía como una loca.

En un momento de descuido del policía, logré liberarme de su mano, corrí hacia donde estaba Sansón y me tiré sobre él, abrazándolo con fuerza.

-¡Cabo, suba el perro a la patrulla!

En la noche.

Al llegar a la comisaría de San Bernardo, lo primero que vi fue al auto de papá, a unos vehículos de la tele con sus antenas levantadas, a camarógrafos mojados y a varios periodistas, micrófono en mano, que luego nos rodearon. Nunca me enteré qué preguntaban, lo único que me importaba era hacerle cariño a mi perro, para que aguantara hasta que lo pudiéramos llevar al veterinario.

El cabo García entró a mi perro en brazos, mientras el sargento nos llevaba a Maxi y a mí de la mano. Pasamos

delante de una carabinera, quien nos indicó una sala al fondo del pasillo. Allí nos esperaban papá, mamá y la Carmen. Me dio mucha pena verlos. Mis padres corrieron a abrazarme y me impresionó el rostro de mamá, con sus ojos rojos de tanto llorar.

-Ema -me susurró al oído, mientras sollozaba.

-Mamá -se me apretó la garganta y saltaron las lágrimas, mientras sentía que papá acariciaba mi cabeza.

-¿Estás bien, mi tesoro? -se agachó para tocarme la cara y mirarme por todos lados.

-Sííí -respondí apenas en medio del llanto-, pero Sansón se está muriendo -y lloré con toda la pena del mundo.

-Ya, mi amor, tranquila, todo va a estar bien -me abrazó tan fuerte que me dolía.

Mis papás no se querían despegar de mi lado y la Carmen apretaba una de las

manos de Maxi, mientras él comía chocolates y tomaba bebida.

Martes 3 de julio

No sé para qué nos llevaron al hospital después de pasar por la comisaría; allí nos examinaron y una sicóloga habló con nosotros durante un buen rato. Yo estaba apurada, porque lo único que quería era saber cómo estaba mi perro, que había partido con papá a una clínica veterinaria. Pero a la señorita no le importaba nada y le daba con preguntar las mismas cosas una y otra vez: —¿Por qué te escapaste de casa?, ¿adónde fueron? —y bla, bla, bla, bla. Aunque era bien simpática y con cara amorosa, parecía que le costaba un poco entender.

Llegamos a casa tarde en la noche. Paula y mi abuela Normi nos esperaban con un montón de comida, que Maxi y yo

devoramos felices. Mi tía se fue a la veterinaria para acompañar a Sansón hasta que lo dieran de alta.

Miércoles 4 de julio

Anoche mamá durmió conmigo en mi cama, prometiendo que nunca más me dejará sola. Papá me regaló un celular, aunque sin juegos entretenidos, pero no importa, diciéndome que no quiere que jamás ande sin el teléfono, para que siempre estemos comunicados.

No se enojaron conmigo ni con Maxi. Y hasta parece que se olvidaron de mi 3,8 en matemática, porque hoy en la tarde, cuando Paula llegó con Sansón con su cuello vendado y un montón de remedios, lo dejaron en mi dormitorio para que se recupere y mis papás me re juraron que se puede quedar a vivir para siempre dentro de la casa.

No quiero volver a fugarme nunca más, es muy terrible. También creo que mis papás sí me aman, aunque vaya a tener un hermanito. Al menos esa es la opinión de la Normi, que se quedó hablando conmigo un rato cuando me trajo el desayuno.

—¿Normi, cuando nació mi tía Paula dejaste de querer a mi mamá? —le pregunté, haciéndome un poco la tonta.

—¿Cómo puedes pensar eso, Emita? —se sentó al borde de la cama y me pasó un vaso con leche—. Ni el tata ni yo dejamos de querer a tu mamá; los hijos se aman todos por igual.

—¿Crees que me sigan queriendo cuando nazca la guagua? —Todavía no estaba muy convencida.

—Por supuesto, mi amor, y va a ser mucho mejor que ahora, porque tendrás otra personita que te va a querer tanto como nosotros —me acarició la cara.

Angélica Dossetti

–¿Estás segura? –insistí.

–Sí, mi vida, estoy segura.

Y me quedé tranquila, porque le creo
todo a mi abuela Normi. Ella nunca miente.
